BV2835
.G37
1923
c.1

Misioneros y Explotadores

García

THE UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
LIBRARY

THE
JOSEPHUS DANIELS
COLLECTION OF BOOKS
RELATING TO MEXICO

PRESENTED BY HIS FOUR SONS

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00015782930

Coste $1.50

188.

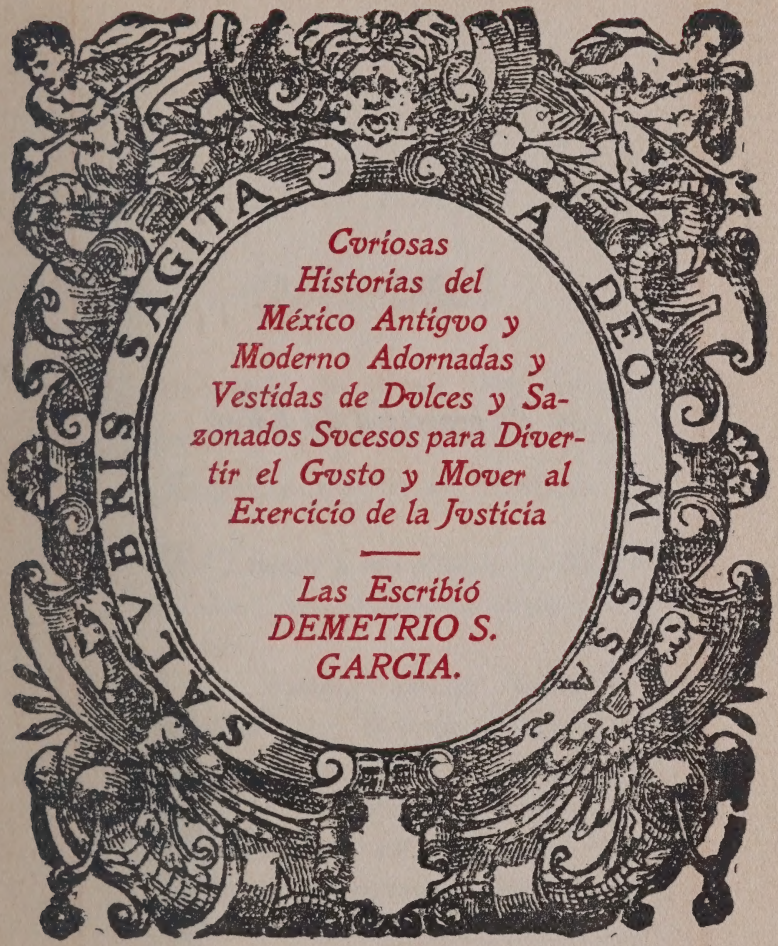
Al Excmo. Señor
Don José Davidi con
todo respeto. El Autor

Misioneros y Explotadores

México, 7 de julio de 1933.

BV2835
.G37
1923

MISIONEROS Y EXPLOTADORES



Cvriosas Historias del México Antigvo y Moderno Adornadas y Vestidas de Dvlces y Sazonados Svcesos para Divertir el Gvsto y Mover al Exercicio de la Jvsticia

Las Escribió
DEMETRIO S. GARCIA.

Las Editó
GERARDO SISNIEGA
Cinco de Mayo, número 16. México.
MCMXXIII.

Es propiedad del Editor

EDITORIAL MEXICANA.-1a. Sta. María la Redonda 18.-México, D. F.

OFRENDA

Al distinguido castellano Don Gerardo Sisniega y a su gentil consorte Doña Margarita Patiño de Sisniega

MI lengua y mi pluma no saben adular, porque nacieron para ser justas.

Me habéis hecho saborear, aunque por breves momentos, las dulzuras de vuestro hogar, de ese nido bendito, vivificado y embellecido por un ángel en cuya inocente y purísima sonrisa serafinesca están retratadas la bondad y la grandeza de vues-

500479

897.2
G214m

tras almas y en cuyos lindos ojos se refleja la caridad que atesoran vuestros corazones.....

En amena charla de sobremesa he percibido flotar en derredor mío vuestro espíritu hondamente cristiano.... hondamente religioso.... fuertemente enamorado de la justicia.... Con ardor y entusiasmo indescriptibles me habéis hablado de la imperecedera labor realizada por los misioneros en esta nación privilegiada.... de la espiritualidad y sentimiento artístico e intelectual que incrustaron en los habitantes hasta de los parajes más remotos del vasto suelo mexicano.... Con verdadero horror han execrado vuestros labios la exagerada e inícua tarea que, empequeñeciendo este rico país, han llevado a cabo los explotadores, sin que nada

ni nadie haya podido evitarlo.

. . . . . .

Vosotros me habéis hecho escribir los siguientes capítulos y a vosotros se debe que vean la luz: justísimo es que os los dedique.

Alborozados, orgullosos, locos de alegría habéisme mostrado el fruto de vuestra feliz y bendita unión, vuestro primogénito..... también os muestro este vástago mío y os lo ofrezco de todo corazón.

Demetrio S. GARCIA.

. . . . . "NO te alegres, sino quando hicieres algún bien. Los malos nunca tienen alegria verdadera, ni sienten paz interior; porque dice el Señor:—NO TIENEN PAZ LOS MALOS—: y si digeren:—EN PAZ ESTAMOS, NO VENDRA MAL SOBRE NOSOTROS: QUIEN SE ATREVERA A OFENDERNOS?—No los creas; porque de repente se levantará la ira de Dios, y pararán en nada sus obras y perecerán sus pensamientos" . . . . . .

Kempis. Lib. II. Cap. VI.

Con el acia
de luze.
A empe y luze.

ANTILOQUIO

O intento, lector amable, dar gusto a todos con esta mi pobre obrita, que no ha de acarrearme aplausos ni encomios, sobre todo en los actuales tiempos, donde los más ignorantes presumen tener voto, pretendiendo sofocar la censura de los entendidos. Me ha movido a escribirla la sed de justicia que devora mi alma, producida por el constante trato por espacio de más de catorce años con las clases humildes de este hermoso pueblo, digno por mil moti-

vos de mejor suerte, y por la observación del proceder de ciertos elementos sociales, erróneamente considerados como factores importantísimos para el desarrollo de la riqueza y grandeza del país.

Mi afición a los estudios históricos me ha hecho acudir a buscar la verdad de los sucesos en donde están narrados por escritores sensatos e imparciales, y en la mayor parte de los casos he buscado y he hallado la verdad de lo acaecido en antiguos manuscritos y pergaminos, de los cuales poseo una numerosa colección. Tengo la certeza de que los hechos narrados por mí en esta obra son reales y están consignados en las mejores fuentes históricas, siendo únicamente de mi cosecha la forma de exponerlos, y aquellos de actualidad que yo mismo he presenciado.

Escribiendo obras de la índole de ésta, en cuyas páginas he puesto todo empeño por que campeen la verdad

y la justicia, estoy convencido de que presto un servicio a mi patria, y saldo una deuda de gratitud contraída con la nación de cuyos ciudadanos he recibido constantemente agasajos y distinciones que no merezco.

Estoy bien convencido por experiencia propia de que estampar en letras de molde sucesos con la realidad elocuente que se han desarrollado significa restarse simpatías y labrarse la miseria y el desprecio; pero en cambio y en virtud de esa inexorable ley de compensaciones, recibimos los que nos dedicamos a tarea tan ímproba la satisfacción inmensa, reservada únicamente a los buzos de la verdad, a los amantes de la justicia y enamorados del bien en todas sus formas y manifestaciones. Las riquezas, los honores, la gloria y los laureles son llamaradas más o menos resplandecientes; pero siempre efímeras y pasajeras. Lo duradero, lo inmortal es el bien que labramos a

las generaciones venideras, sin duda alguna más observantes que nosotros del precepto sublime: "AMAOS LOS UNOS A LOS OTROS". Ayuda, lector benévolo, a levantar en el corazón de tus semejantes el edificio salvador del reinado del amor, puesto que amor es toda la vida.

Mas ten presente que la injusticia engendra odio. Sé justo con mis escritos y con la sana intención que los inspira: sé justo conmigo.

VALE.

TABLA

De los Capítulos contenidos en esta Obra

PRIMERA PARTE

	Págs.
I.—*En Texcoco a raíz de la conquista*	23
II.—*Los mensajeros de paz en Xochimilco, en Coyoacán y en San Angel*	31
III.—*La caridad y el consuelo en las selvas vírgenes del Desierto de los Leones*	41
IV.—*Educadores en el corazón de la Gran Tenochtitlán*	45
V.—*Gante y Motolinía*	51

VI.—*Los conquistadores* 55
VII.—*La Audiencia de la Nueva España* 61
VIII.—*Los virreyes y los nobles* 65
IX.—*Los misioneros* 69
X.—*¡Gloria y bendiciones a los mensajeros de la civilización!* 73

SEGUNDA PARTE

Págs.

I.—*Sonó para México la hora de la emancipación* 79

II.—*Monstruosos ídolos levantados por los explotadores que reemplazaron a los educadores* 83

III.—*Sin patria, sin piedad y sin ideales* 87

IV.—*Los magnates a la moderna usanza* 91

V.—*Nobles y aristócratas de gusanos de maguey, de toros, de pulque, de frijol, de chile, de alcohol, de azúcar, de ja-*

bón, de harina, y de otras muchas zarandajas 95
VI.—*Los dignos descendientes de los mercaderes que el buen Jesús indignado arrojara del templo* 101
VII.—*¡Abajo la cultura y los ideales! ¡Viva el oro!* 105
VIII.—*"Este no es mi Juan.."* 109
IX.—*Los modernos misioneros ¡Pobrecillos!* 115
X.—*¡Guay de los explotadores y de los mercachifles sin conciencia!* 119

PRIMERA PARTE

CAPITULO PRIMERO

En Texcoco a raíz de la conquista.

IGNO de verse era el alborozo en que estaba la segunda población principal de la recién conquistada tierra de la Nueva España, el domingo 14 de octubre del año de 1526.

Los dos palacios del que había sido segundo rey y señor de estos ricos y vastos dominios, con su huerta el uno cercada de más de mil cedros

muy grandes y muy hermosos, y rodeado el otro de encantadores jardines en los cuales causaba admiración un estanque muy grande a donde solían entrar con barcas por debajo de tierra, estaban vistosamente engalanados al estilo de la época, lo mismo que las gentiles casas y aposentos de los señores texcocanos, y las plazas de la histórica ciudad, de cuyas costumbres y grandezas precortesianas nos hablan algo aún los montones de piedras que sin orden ni concierto se encuentran en la plaza principal y algunas lápidas, puentes y diversos vestigios esparcidos por acá y acullá.

Desde temprano habían llegado numerosas caravanas de indios de las quince provincias sujetas a Texcoco, poblado a la sazón por innumerables moradores que ocupaban más de una legua en ancho y seis en largo, y también habían venido de la gran Tenochtitlán honrados señores, quienes

regiamente escoltados atravesaban a caballo las calles, causando la admiración consiguiente a la multitud abigarrada. Entre los forasteros se destacaban, según cuentan las crónicas, el Marqués del Valle, Alonso de Avila y Pedro Sánchez.

Un suceso notable congregaba a millares de seres aquel día en Texcoco. Don Hernando, hermano del señor de aquel reino, y siete compañeros suyos se desposaban y casaban pública y solemnemente, velándose, con las bendiciones, arras y anillos, como lo manda la Santa Madre Iglesia, cosa nunca vista hasta entonces en toda la Nueva España.

Celebrábase en estas tierras el primer matrimonio al uso de Castilla y con tal motivo se habían organizado soberbios festejos y bailes, en los cuales era la nota más saliente la abundancia del vino del país.

A poca distancia del lugar en que

festejando las bodas bailaban millares de indios estaba Fray Toribio, uno de los doce primeros franciscanos venidos a esta Nueva España, rodeado de un buen número de gentes que habían preferido al baile, la conversación con el humilde hijo de San Francisco.

Hablaba el misionero a aquellas almas sencillas de las cosas del cielo y de los misterios de la religión; pero un buen indio llamado Don Francisco —bautizado hacía algún tiempo por Fray Martín de Valencia —que era uno de los tres principales señores que había en Cuitláhuac, y que por ser hombre de más manera y antiguo gobernaba todo el pueblo, hizo que Fray Toribio hablase con ellos también de las cosas de la tierra.

—*Pagresito santo,* decía el buen don Francisco, *pos* que *hase* años viene *mu* castigada esta tierra de Aná-

huac, con plagas trabajosas: *Pos* que en *dispués* de la *rindisión* de la Tenochtitlán, *qando* desembarcó el capitán Pánfilo de *Narváes* y era Gobernador el *Siñor* Don Hernán Cortés, quedaron todas las *provinsias* mermadas a la mitad de habitantes, *pos quesque* a los otros *lis yegó* la hora con las viruelas. *En dispués, Pagresito santo,* vino el año de la pequeña lepra, que *desían* sarampión, y al *rato* vinieron los *calpixques,* que *disen estansieros,* cobrando *trebutos* y entendiendo en las granjerías, repartimientos y pueblos encomendados a los conquistadores. *Pos* que ya era esto bastante castigo, pero sobre de *eyo* pesan más *entodavía* los grandes *trebutos* y *servisios, quesque* para cumplirlos han vendido, *Pagresito santo,* sus hijos y las tierras a los mercaderes, y faltando de cumpir el *trebuto,* hartos murieron por *eyo* atormentados y con prisiones. *En dis-*

pués la plaga de las minas, que los esclavos que hasta hoy en *eyas* han muerto no se pueden contar. Yo, Pa*gresito santo,* a nombre de todos mis hermanos *notisio* a *vuesa mersé* de todas estas calamidades, *quesque los casteyanos* os *obedesen* en todo, y como no tenemos más consuelo que son los *frailesitos* que nos *desfienden, pos* cumplo con *notisiarle* que *man* hecho encargo los de Cuitláhuac de *desirle* estas cosas y que la iglesia de tres naves, *grandota,* dedicada al *Siñor* San Pedro ya queda acabada en *este año. Quesque queren, Pagresito,* que *vuesa mersé* la *denaugure.*

—Nada temáis, hijos míos —replicaba el religioso—, que ya nuestro Emperador está bien informado de todas las cosas que por aquí pasan y a todo se va a poner remedio muy pronto. Los castellanos son hombres afables y buenos, de un gran corazón; pero algunos no piensan en otra

cosa que en el oro, y ya que lo alcanzan plegue a Dios Nuestro Señor que no sea para su condenación. Vosotros, tened paciencia y aprended cuanto podáis, tanto en las cosas pertenecientes a la religión que por ventura ya profesáis como en lo tocante a nuestro idioma y a las ciencias que os enseñamos los franciscanos.

Una mujer que llevaba amarrado a sus espaldas un niño se acercó al grupo que conversaba con el religioso y dirigiéndose a éste le dijo:—*"Pagresito, los vangelios....."*

Sumido el franciscano en santas reflexiones de justicia y sintiendo que su alma se inflamaba en deseos de caridad, levantó su diestra y pronunció con voz plañidera las palabras sacramentales: "EN EL NOMBRE DEL PADRE, DEL HIJO Y DEL ESPIRITU SANTO"

CAPITULO SEGUNDO

Los mensajeros de paz en Xochimilco, en Coyoacán y en San Angel.

AQUEL mismo Fray Toribio que consolaba a los indios en Texcoco y del cual dice Bernal Díaz del Castillo en su *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España,* capítulo 171..... "entonces vino con ellos —los doce franciscanos— fray Toribio de Motolinía, y pusiéronle es-

te nombre de Motolinía los caciques y señores de México, que quiere decir el fraile pobre, porque cuanto le daban, por Dios lo daba a los indios y se quedaba algunas veces sin comer, y traía unos hábitos muy rotos y andaba descalzo, y siempre les predicaba, y los indios le querían mucho porque era una santa persona", le encontramos ahora dirigiéndose a Coyoacán a pie, solo, descalzo, y con los hábitos raídos y sucios, obedeciendo al llamado de uno de los jefes de la conquista que allí vive y ante el cual debe responder el misionero de algunos cargos que se le hacen.

Percatados los indios de la llegada del P. Toribio se aglomeran en torno suyo, como lo hacían siempre en dondequiera que veían al buen frailecito, y él, después de dirigirles breves frases de consuelo y de bendecirlos con unción santa de apóstol, penetra a la mansión del esforzado gue-

rrero español, entre los soldados de la guardia, quienes presentan sus armas al soldado de Cristo, en señal de respeto y acatamiento.

—¡Alabado sea Dios!— exclama el franciscano, y el jefe de la guardia le introduce en la sala, al mismo tiempo que contesta las frases de ritual de aquellos tiempos:—¡Sea por siempre alabado!

Esperó unos instantes el misionero y al cabo de ellos apareció en el regio salón de la señorial estancia un apuesto guerrero, de gallardo continente, quien después de besarle el hábito, rodilla en tierra, le dijo en tono casi severo e imponente:

—Don Gonzalo de Salazar, teniente gobernador por la ausencia de Cortés, y los regidores, se muestran muy alarmados por la conducta seguida por vos y por vuestros compañeros de orden, los franciscanos, y os dirigen graves inculpaciones, es-

pecialmente a vos. Dicen que a su noticia es venido que Fray Martín de Valencia, del monasterio de Sor. San Francisco e vos *guardián* del dicho monasterio en su nombre, diciéndoos *Vice Epíscopo* en esta Nueva España, no solamente entendéis en las cosas tocantes a los descargos de conciencia, más aún entremetiéndoos en usar de jurisdicción civil e criminal inhibis por la corona de las justicias, no lo pudiendo hacer sin tener provisión de sus magestades para ello, e porque esto es contra su real preminencia. Que así lo han hecho constar en el primer *Libro de Cabildo* de México en el acta del 28 de julio de 1525.

Además se os acusa a vos de haber tramado una conspiración y ya Gonzalo de Medina, escribano de la Audiencia ha hecho la información correspondiente. En ella se consigna que vos habéis dicho que gobernando el terreno, los frailes franciscos pla-

ticaron de se alzar con la tierra, concluyendo que para un día señalado convocaríais los caciques de la tierra y les diríais la hora en que estando en la iglesia de México todos los españoles juntos en día festivo, debían entrar a matar gobernador, oficiales, etc., y prender a los demás y enviallos a Castilla: que así quedaríais más libres para la conversión, que después no consentiréis entrar a ningún español en la tierra; pero os ofreceríais a reconocer a S. M. por soberano, y envialle, si ahora son cien mil pesos, doscientos mil; que se administraría comercio con Castilla; pero que los que en las naos viniesen, no hiciesen sino llegar al pueblo, contratar y volverse. El principal a quien se atribuye es a vos, venido de Texcoco con otros huéspedes, a Fr. Luis de Fuensalida, custodio del Santo Evangelio e guardián, a Fr. Francisco Ji-

ménez, guardián, y a Fr. Pedro, que amaestra los muchachos.

Sin inmutarse en lo más mínimo había escuchado el humilde religioso las graves imputaciones en que se le había envuelto, contestando mansamente:

—Yo estuve en el Cabildo a que se refiere y aunque ya estaban presentadas las bulas e provisiones del Papa e del Emperador, por las cuales se hacía manifiesto el poder que tenía para ejercer el ministerio y jurisdicción en estas tierras, las presenté nuevamente al mismo y en él me fueron otra vez registradas. En cuanto a la segunda imputación sabed que ya han llegado a oídos del emperador Carlos V las noticias de las crueles vejaciones, incesantes tropelías y malos tratos que se da a sus nuevos vasallos, y para poner coto a tamaños abusos, ha nombrado S. M. protecto-

res de indios. Es manifiestamente falso que yo y mis compañeros de religión hayamos conspirado. Lo que pasa es que se nos somete continuamente a multitud de contradicciones y calumnias, para hacernos desistir de la santa y humanitaria empresa de hacer justicia a los indios. Ponemos, señor capitán, los frailes franciscanos la paciencia por escudo contra las injurias de los españoles; y cuando ellos muy indignados dicen que los frailes destruimos la tierra en favorecer a los indios contra ellos, nosotros para mitigar su ira les respondemos con paciencia: "Si nosotros no defendiésemos los indios, ya vosotros no tendríades quien os sirviese. Si nosotros los favorecemos, es para conservarlos, y para que tengáis quien os sirvan; y en defenderlos y enseñarlos, a vosotros servimos y vuestras conciencias descargamos;

porque cuando de ellos os encargasteis, fué con obligación de enseñarlos, y no tenéis otro cuidado, sino que os sirvan y os den cuanto tienen y pueden haber. Pues ya que tienen poco o nada, si los acabásedes, ¿quién os servirá?".... Y así muchos de los españoles, a lo menos los nobles y los virtuosos, dicen muchas veces: "que si no fuera por los frailes de San Francisco, la Nueva España fuera como las Islas, que no hay indio a quien enseñar la ley de Dios ni quien sirva a los españoles". Los españoles se quejan y murmuran diciendo mal de nosotros, porque les reprendemos ásperamente, lo cual es causa de que muchos no nos ayuden con sus limosnas.....

Mientras se desarrollaba la escena descrita, en el mismo Coyoacán, en Xochimilco y en San Angel, los mensajeros de la paz, los franciscanos

compañeros de Fr. Toribio, se ocupaban en enseñar a las multitudes la religión, la lengua castellana y la moral.....
.....

CAPITULO TERCERO

La caridad y el consuelo en las selvas vírgenes del Desierto de los Leones.

POR la carretera de México a Toluca va un seis de enero, día de los Santos Reyes, una caravana de pordioseros, cojos, ciegos, mancos y tullidos, a eso de las doce del día y ya llega a Cuajimalpa en donde se encuentra con un tropel de niños pobres, a quienes los Reyes Magos no han lle-

vado a sus casas, porque no las tienen, juguetes y aguinaldo; pero que se los han dejado en el convento carmelitano del Desierto de los Leones, y allí, los buenos religiosos se los han entregado. Vienen contentísimos los pobres pequeñuelos con sus juguetes y dulces, y los pordioseros toman un ligero descanso, para hacer remembranzas de la edad feliz, oyendo unos y viendo otros la algazara de los muchachos que serán mañana lo que ellos son hoy.

Siguen su camino los mendigantes, pues los espera en el mismo convento un buen cocido y sendas tortillas de huevo con que todos los domingos y fiestas de guardar regalan a los pobres de Dios los carmelitas moradores místicos del desierto. Escuchemos un momento las cosas que platican entre sí:

—No sabes, *Grabiel,* lo que se *mermura* por estos contornos?

—*Pos* que la cosecha de *mais* y de trigo es mala.

—No, otra cosa *tantito pior, munito. Quesque* van a *dispulsar* a nuestros *frailesitos* y a nuestras *magresitas.*

—*Pos* qué mal *jacen, Don Grabiclito, qando* no saben más que *jacer caridá?*—Interpela indignada doña *Maurita,* mujer de uno de los ciegos de la comitiva.

—*Pos quesque san aprepiado* lo mejor de nuestra tierra.

—*Pos* los *pagresitos* y las *magresitas* nos *deprendieron* la *dotrina,* y el *vangelio* y la *idoma de castiya,* y nos *sevilisaron.*—Replicó D. Trinidad.

—Y nos dan *mu güena* sopa.—Añadió el pobre tullido Don Simón.

—Y nos *desfienden sempre* a los *probes* de Dios—, dice un ciego de la caravana.

Con esta y parecidas conversacio-

nes han llegado a la puerta del convento en donde mediante el aviso de una esquila aparece el lego Froilán, que vuelve al poco tiempo con una gran cacerola de garbanzos con berza y unas tortillas de huevo con patatas que despiden un olor angelical.

Mientras los pobres se banquetean en el atrio del convento, entonan alegres villancicos y adoran al niño Dios recién nacido y reclinado en un pesebre aquellos carmelitas, ángeles de la caridad y del consuelo, en el templo santo levantado entre las selvas vírgenes del Desierto de los Leones.

CAPITULO CUARTO

Educadores en el corazón de la gran Tenochtitlán.

ALLARON los primeros pobladores de México cuando trataban de la fundación de esta ciudad, un árbol que se llamaba *nochtli,* el cual salía de una piedra llamada *tetl,* de donde viene *Tenochtitlán,* que quiere decir fruta que sale de piedra.

Muchos años después de fundada

la ciudad por los *Mexiti,* quienes vinieron siguiendo al águila que se posó, aprisionando entre sus garras a una serpiente, en el árbol entre piedras, según la antiquísima tradición, se multiplicó mucho la población y creció la vecindad, hasta el extremo de que poco después de la toma de la ciudad por los españoles, hízose la ciudad de México dos barrios o ciudades, de las cuales a la más principal llamaron *México,* y a sus moradores mexicanos; en este barrio residía el gran señor de esta tierra, que se llamaba *Mocteuczoma,* y nombrado con mejor crianza y más cortesía y acatamiento le decían *Mocteuczomatzin,* que quiere decir hombre que está enojado o grave; en esta parte como más principal, reedificaron los españoles su ciudad, y era muy grande, habiendo también en él muchas casas de indios. El otro barrio llama-

do *Tlaltilolco,* que quiere decir isleta, porque allí estaba un pedazo de tierra más alto y más seco que todo lo demás, que era manantiales y carrizales, estaba poblado de indios y había en él muchas casas y muchos más moradores.

Levantadas ya muchas iglesias en estos dos barrios se llamaron el uno de *San Francisco de México* y el otro *Santiago de Tlaltilolco,* en cuya iglesia principal bajo la advocación de Santiago apóstol han establecido los misioneros franciscanos un gran colegio de indios, en donde los frailes los enseñan y doctrinan. Aquí aprenden los indios primero la lengua castellana y después los misterios de la fe.

En la iglesia de San Francisco también han establecido los frailes un colegio, y a este respecto veamos lo que escribía hacia el año setenta y tantos el erudito y tan bien docu-

mentado historiador mexicano don Joaquín García Icazbalceta: "...no conocemos ni admiramos como debiéramos los gigantescos esfuerzos de aquel pobre lego —se refiere a Fray Pedro de Gante—, que, sin más recursos que su indomable energía, hija de su ardiente caridad, levantaba desde sus cimientos y sostenía durante medio siglo una magnífica iglesia, un hospital y un gran establecimiento, que era a un tiempo escuela de primeras letras, colegio de instrucción superior y de propaganda, academia de bellas artes y escuela de oficios: un centro completo de civilización. Calcúlese lo que costaría hoy al Erario un establecimiento semejante; el sinnúmero de catedráticos, maestros y empleados que exigiría, y no podemos menos de llenarnos de asombro al ver que unos cuantos frailes dirigidos por un lego, hacían todo aque-

llo, que sólo era una pequeñísima parte de sus imponderables trabajos..."
Aquí tenemos la labor de los misioneros en pleno corazón de la gran Tenochtitlán.

CAPITULO QUINTO

Gante y Motolinía.

ON dos nombres pronunciados en México diariamente con cariño y con veneración. Dos calles de las más céntricas de la capital de la República llevan los nombres de tan insignes como abnegados varones, y aunque no recuerdan su paso por estas tierras y su larga estancia en ellas grandes estatuas —cosa a decir

verdad extraña—, cada mexicano ha erigido en su corazón un trono de gratitud a los dos humildes franciscanos y civilizadores beneméritos que dedicaron toda su vida a hacer el bien en este continente.

De muy graves y frecuentes persecuciones fueron objeto los hijos de San Francisco en estas tierras de parte del gobierno colonial de cierta época, y todo, porque con ardiente celo e infatigable constancia protegían a los indios, víctimas de la codicia y malos tratos de algunos ambiciosos. Aunque todos los franciscanos se esmeraban en amparar y defender a los indios, afrontando el odio y la persecución de los poderosos, sobresalieron en tan justa y santa causa de un modo especial Fray Toribio de Benavente (Motolinía) y Fray Pedro de Gante.

Trasladémonos a la sesión que celebraba el Ayuntamiento el día 9 de

marzo de 1525 y en ella encontraremos a Motolinía, quien viendo que no aprovechaban razones ni ruegos con los oficiales reales y regidores de la ciudad, pónese de rodillas delante de un crucifijo que allí había y maldícelos a voces de parte de Dios, lo cual les hace temblar y callarse, mas no enmendarse.

Frecuentemente decía Motolinía: *"El que con los indios es cruel, Dios lo será con él"*, y su hermosa *"Historia de los Indios de la Nueva España"* es la defensa más justa y ponderada de los moradores de México, habiendo contribuído su actitud en sumo grado a que se contara más tarde con un monumento conocido con el nombre de *"Leyes de Indias"*, que cubrirá siempre a España de gloria.

Gante y Motolinía aprendiendo la lengua del país, escribiendo gramáticas de ella, enseñando a los mexicanos a traducirla al castellano, sien-

do verdaderos ministros de instrucción pública sin ostentación ni aparato y desarrollando una actividad que apenas podemos hoy concebir, son dos tipos perfectos y acabados de misionero español del siglo XVI.

¡Cómo contrasta la conducta de estos dos apóstoles de la Nueva España con la de muchos de sus sucesores, quienes olvidados de las saludables enseñanzas evangélicas se ponen siempre del lado de los poderosos!

CAPITULO SEXTO

Los conquistadores.

A conquista de México fue consumada por los soldados españoles, en virtud de las dos cosas que significa la palabra conquista. Captáronse primero las simpatías de los moradores de estas tierras y tomaron después las ciudades y el territorio completo por la fuerza de las armas, la cual se impuso a los que hacían resistencia.

Juzgados los conquistadores españoles serena e imparcialmente y a la luz de preciosos documentos y escritos de aquella época, preciso es convenir en que fueron los más humanos y benignos de cuantos conquistadores registra la historia mundial. Negar esto equivaldría a negar la evidencia de las cosas.

El sello imborrable de las exploraciones y conquistas españolas lo constituyen su benignidad, su identificación y la trasfusión y mezcla de su sangre, alma, vida y modo de ser con los colonizados. La colonización española ha sido sin duda alguna altamente benéfica a los pueblos todos, de los cuales fue España madre un día y hoy es hermana mayor, hija como ellos de aquella España inconmensurable e inmensamente gloriosa.

El mismo jefe de la conquista de México, Hernán Cortés, el esforzado

capitán extremeño, injustamente calumniado por una falange de escritores indocumentados, consagró su vida y sus ambiciones bélicas a engrandecer a esta nación y a defender a sus naturales. En una carta que el historiador imparcial y nada sospechoso Motolinía dirigió a Carlos V, desde Tlaxcala, el año de 1555—carta que se conserva original en el archivo de Simancas—, dice entre otras cosas: "¿quién así amó y defendió los Indios en este mundo nuevo como Cortés? amonestava i rogaba mucho a sus compañeros que no tocasen a los Indios ni a sus cosas, i estando toda la tierra llena de maizales, apenas havía Español que osase coger una mazorca; i porque un Español llamado Juan Polanco cerca del puerto entró en casa de un Indio i tomó cierta ropa, le mandó dar cien azotes, i a otro llamado Mora porque tomó una gallina a indios de paz le mandó

ahorcar, i si Pedro de Alvarado no le cortase la soga allí quedara y acavara su vida: dos negros suyos, que no tenían cosa de más valor, porque tomaron a unos Indios dos mantas y una gallina los mandó ahorcar; otro Español porque desgajó un árbol de fruta i los Indios se le quejaron, le mandó afrentar; no quería que nadie tocase a los Indios ni los cargase, sopena de cada cuarenta pesos; i el día que yo desembarqué viniendo del puerto para Medellín cerca de donde agora está la Vera-Cruz, como viniésemos por un arenal i en tierra caliente, i el sol que ardía, havía hasta el pueblo tres leguas, rogué a un Español que consigo llevaba dos Indios, que el uno me llevase el manto, i no lo osó hacer afirmando que le llevarían cuarenta pesos de pena, i así me traxe el manto a cuestas todo el camino: donde no podía escusar guerra, rogaba Cortés a sus compa-

ñeros que se defendiesen cuanto buenamente pudiesen sin ofender, i que cuando más no pudiesen decía que era mejor erir que matar, y que más temor ponía ir un Indio herido que quedar dos muertos en el campo....."

Es cierto que hallamos algunos pecadillos en los conquistadores; pero hemos de considerar que toda obra de hombres adolece de vicios y excesos. En general fueron justos y buenos los soldados que llevaron a cabo la conquista de México.

CAPITULO SEPTIMO

La Audiencia de la Nueva España.

IZO su entrada en México la primera Audiencia en diciembre de 1520, en virtud de haber adoptado Carlos V tal sistema, para el gobierno de las posesiones de América. Era su presidente Nuño de Guzmán y oidores los licenciados Juan Ortiz de Matienzo, Alonso de Parada, Diego Delgadillo y Francisco Maldonado.

Fue el gobierno de esta audiencia el más opresivo y arbitrario, por lo que Carlos V, informado del intolerable despotismo y desorden del gobierno de sus oficiales reales en México, dejó al partir para Alemania encargada de los negocios de la Nueva España a su esposa la emperatriz Doña María, que por su ausencia quedó por regente del reino.

Con el fin de evitar los desmanes y arbitrariedades de esta Audiencia se nombraron protectores de los indios de Nueva España, los cuales encontraron una tremenda y violenta oposición de parte de los oficiales reales, hasta el extremo de notificar éstos a aquéllos que no osasen ejercer el dicho cargo so pena de ser castigados con el destierro y pérdida de rentas, además de proceder contra sus personas; ordenando al mismo tiempo que ningún español acudiese a los protectores por negocios de indios, si

no quería perderlos, ni tampoco los indios con quejas, porque serían ahorcados. A la sazón se entabló una terrible contienda entre la Audiencia y los franciscanos que en justicia defendían con celo apostólico a los indios y sostenían en todo a sus protectores, hasta el extremo de que la princesa resolvió nombrar un virrey y entretanto éste pasaba a México, dispuso mudar la tirana Audiencia, nombrando otra nueva, con el encargo de residenciar a los individuos de la primera y mandarlos a España con sus procesos.

Esta segunda Audiencia hizo su entrada en México con gran solemnidad a principios del año de 1531, y se alojó en las casas del Marqués del Valle, en donde hoy está el Montepío, gobernando hasta el año de 1535 en que llegó el virrey Don Antonio de Mendoza.

Fue presidente de ella D. Sebas-

tián de Fuenleal y oidores los licenciados Juan de Salmerón, Alonso Maldonado, Francisco Ceinos y Don Vasco de Quiroga, que fue después primer obispo de Michoacán. El gobierno de esta Audiencia fué una época de felicidad para la Nueva España: siendo hombres de probidad y de capacidad los que la componían, se dedicaron con empeño a remediar los males pasados, y a mejorar la condición los indios.

CAPITULO OCTAVO

Los virreyes y los nobles.

LLA por el mes de octubre del año de 1603 se dirige de Otumba a Acapulco Don Gaspar de Zúñiga y Acevedo, conde de Monterrey, y noveno virrey de la Nueva España. Grandes tropeles de indios siguen al bondadoso gobernante que va a embarcarse al Perú y muchos lloran su ida, llamándole bienhechor y padre.

Este hecho nos da una idea del gobierno paternal de los virreyes de esta Nueva España, quienes fueron en su totalidad absoluta prudentes, justos, celosos, amantes de esta tierra y de sus moradores, y estuvieron adornados de excelentes dotes de gobierno.

Todavía hoy se recuerdan con cariño y se pronuncian con veneración los nombres de Bucareli, Revillagigedo, Velasco y otros muchos, perpetuados unos en la nomenclatura de las avenidas de la capital de la República y otros en los nombres de ciudades, edificios e instituciones que su munificencia legara a México.

No se puede acusar a los virreyes, sin faltar a la verdad, de ambiciosos, antes bien muchos de ellos legaron a la Nueva España sus bibliotecas y sus bienes o al morir, o al abandonar el suelo de sus cariños. Si exeptuamos dos o tres nubecillas que empa-

ñaron un poco el cielo virreinal de México, en el cual brillan y brillarán *como estrellas en perpetuas eternidades* los caritativos varones *que instruyeron a las multitudes en la justicia,* podemos señalar como modelos de gobernantes en todo el mundo y con arreglo a la época a los sesenta y tres mandatarios, que en nombre de los soberanos españoles rigieron por espacio de cerca de tres siglos los destinos de México. Muchos de ellos legaron con Cortés a la cabeza sus preciosas cenizas a esta hermosa tierra americana.

También los nobles de aquellos tiempos legaron a la posteridad sus gloriosos nombres que han pasado hasta nuestros días en instituciones humanitarias y benéficas, en bellos palacios y casas solariegas, por cuya conservación y embellecimiento ha comenzado por fortuna a notarse una laudable tendencia.

México debe a los virreyes y a los nobles su riquísimo patrimonio espiritual y artístico, joya la más preciada que este suelo debe conservar y defender a toda costa.

CAPITULO NOVENO

Los misioneros.

OCOS años después de la conquista de México, encontramos en las ciudades y poblados y hasta en las fragosidades de las selvas a las avanzadas de la civilización, a los misioneros, ocupados en la conversión de indios, a veces en la fundación de pueblos y ciudades y siempre siendo los mensajeros de dulces consuelos.

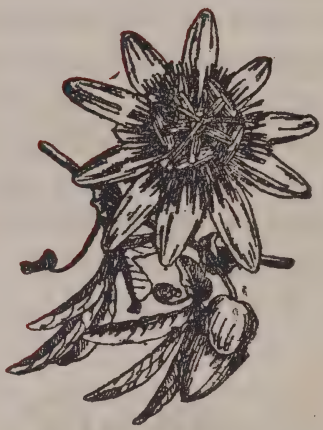
Son los soldados de Cristo a quienes no arredran ni lo inclemente del clima, ni la total carencia de vías de comunicación, ni la hostilidad con que se los recibe en muchas ocasiones.

Lo han dejado todo por predicar la doctrina que consideran salvadora, y ardiendo en celo desean vehementemente dar a conocer en todas partes el evangelio; ¿qué les queda ya? la vida, pues si la pierden en cambio creen firmemente vivir en el más allá otra vida perfecta y completa.

Pero, dejemos su obra divina y sus intenciones y santos propósitos en el arcano recóndito de lo misterioso, y observemos a estos guerreros de hábito establecer misiones, escuelas y asilos, ir separando lentamente a las multitudes de abyectos vicios y concupiscencias que las tenían sumidas en la degradación más ignominiosa; veámosles atravesar desiertos y mon-

tañas a pie muchas veces y sin tomar otro alimento que frutas, llevando misérrima vida y expuestos siempre a perderla con tal de labrar el bien a sus prójimos.

¡Bien merecéis, ilustres varones, casi siempre anónimos, que vuestros nombres se trasmitan hasta las más remotas generaciones con la aureola debida a los grandes bienhechores de la humanidad y de la civilización!



CAPITULO DECIMO

¡Gloria y bendiciones a los mensajeros de la civilización!

TENER a los pueblos sumidos en la ignorancia es destruir, es esclavizar, es oprimir y tiranizar. Enseñar es crear, es llevar la luz a las inteligencias que carecen de ella para que conozcan cuáles son sus deberes y sus derechos.

Si tenemos obligación de dar un pe-

dazo de pan al que se muere de hambre, no la tenemos menor de alimentar con el pan espiritual al que siente hambre de instrucción.

Con este deber supieron cumplir en México los misioneros, dedicándose a enseñar con la lentitud que la vasta extensión del territorio y una serie de circunstancias lo permitían.

Desde hace tiempo la falsa civilización ostenta una marca fatal, no se busca sino el prestigio y el bienestar de la clase, olvidando que todos tenemos un fin social proporcionado a nuestra posición. Existe la idea de mirar a los hombres como cosas ordenadas a proporcionar placer a los predilectos de la fortuna. Abajo brota el odio, porque arriba no hay amor; abajo estalla la anarquía y el bolshevikismo, porque arriba anidan otra anarquía y otro bolshevikismo más hipócritas, los de ordenar la sociedad a sus provechos materiales. No es bas-

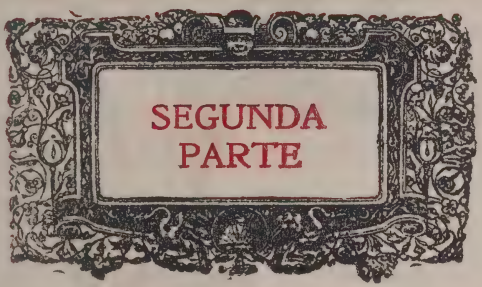
tante, no, proporcionar al pueblo trabajo y salario bien raquítico; si esto satisface tal vez a la justicia conmutativa, no satisface a la ley de ciudadanos, ni a la ley de amor que como hombres nos debemos. Las clases conservadoras huyen del pueblo y se separan de él en la habitación, en las fiestas, en las alegrías y en las penas; creense desligadas de los conflictos que la vida moderna crea a las clases inferiores, y dejan que ellas mismas se los resuelvan de la única manera que ellas saben: por la violencia; no educan al pueblo, no lo enseñan, destruyen, en vez de crear.

Ese egoísmo moderno que se ha creado una civilización exclusiva de riqueza y de placeres despliega todas las ostentaciones ante las multitudes hambrientas; éstas se apartan rabiosas, entregándose al odio, sin hacer caso de los educadores, de los misioneros, de los apóstoles a quienes ido-

latraban en pretéritos tiempos y a los cuales miran hoy con recelo y persiguen, porque los consideran aliados de la clase privilegiada y enviados suyos para explotarlas.

En medio de este cuadro de desolación y de tristeza se ha emprendido en México una benéfica y tenaz campaña de instrucción.

No se han de hacer esperar los benéficos resultados de tan laudable campaña en este pueblo que bendice y glorifica en el fondo de su alma a los verdaderos mensajeros de la civilización.


SEGUNDA
PARTE

CAPITULO PRIMERO

Sonó para México la hora de la emancipación.

A estaba previsto hace siglos... Eres mayor edad, gran pueblo mexicano, y con perfectísimo derecho pasas a ser de Nueva España la Nación Mexicana libre, independiente y soberana.

Uno de los mejores historiadores escribía con pasmosa clarividencia

allá hacia el año de 1540 refiriéndose a México: "porque una tierra tan grande y tan remota y apartada no se puede desde tan lejos bien gobernar, ni una cosa tan divisa de Castilla y tan apartada no puede *perseverar* sin padecer grande desolación, y muchos trabajos, e ir cada día de caída, por no tener consigo a su principal cabeza y rey que la gobierne y mantenga en perpetua paz, y haga merced a los buenos y leales vasallos, castigando a los rebeldes y tiranos que quieren usurpar los bienes".....

Más de dos siglos después —en 1783— encontramos el mismo pensamiento desarrollado casi con las mismas frases en el conde de Aranda, dirigiéndose a su Soberano.

Estas mismas ideas sirvieron de base al plan de Iguala corriendo los tiempos.

Ya has logrado conquistar en buena lid tu libertad e indepen-

dencia, pueblo tan vasto como rico, has sido otra España, has heredado su lengua, sus costumbres y su grandeza. Tus hijos han paseado la vieja Europa y algunos han sido profesores en sus célebres universidades; cuentas con una bella ejecutoria de espiritualidad, de idealidad sublime, literaria y artística; debes necesariamente ser grande, admirada y envidiada; pero eres tan rica que has de tener continuamente una multitud de *pretendientes,* quienes te marearán, si no estás muy alerta.....

En los capítulos siguientes puede el curioso lector darse cuenta de los obstáculos que esta nación ya soberana ha encontrado en el ascenso a su perfeccionamiento y prosperidad.

CAPITULO SEGUNDO

Monstruosos ídolos levantados por los explotadores que reemplazaron a los educadores.

HOGADOS en esta tierra durante los trescientos años de colonización española los apetitos inmoderados de sed de oro y de egoísmo judaico, como queda demostrado hasta la saciedad en los precedentes capítulos, y resplandeciendo y triunfando la be-

néfica doctrina de crear un pueblo idealista y grande, como lo prueban sus patrimonios artístico, literario y sus servicios públicos, los cuales en nada desmerecen en la época de su emancipación de los de cualquiera nación del mundo, es tarea provechosa y necesaria ascender lentamente al perfeccionamiento espiritual y paralelamente a la prosperidad material, sin perder de vista la obra colosal ya realizada en este sentido.

El explotador egoísta que no reconoce otra grandeza que acumular oro, ni siente en su corazón más cariño que el del lucro y la usura, olfatea perfectamente los lugares en donde puede desarrollar a sus anchas sus instintos bastardos de rapacidad y de abyección de los pueblos y de sus pobres ciudadanos, que tienen la desgracia de caer en las garras de este gavilán disfrazado de hombre. Acude naturalmente a los pueblos más ri-

cos y propicios al desarrollo de su fatídica obra.

Destruídos en México los ídolos gentílicos, levantan los explotadores otros ídolos más repugnantes que los desaparecidos: los ídolos de envilecimiento y de fomento de todos los vicios, matando en un pueblo, al menos por cierto tiempo, el ansia de grandeza moral a la cual ascendía con vertiginosa carrera.

¿Qué el alcohol envilece y destruye el organizmo? No importa, habéis venido a México a haceros ricos.

¿Qué hacen falta en México muchas escuelas y muchas bibliotecas? Pues a falta de éstas vengan toros, que lo que interesa a los explotadores es hacerse ricos.

¿Qué los obreros de las haciendas y de las fábricas, hijos del pueblo en que vivís y os enriquecéis, están desnudos y descalzos, y no hay para ellos ni asilos, ni hospitales? Nada tiene

esto que ver con los explotadores. Ellos no entienden de otra cosa que de hacerse ricos.

¡Explotadores, admirad vuestra obra! Habéis entronizado en México y colocado sobre soberbias bases los SIETE PECADOS CAPITALES...

... ...

CAPITULO TERCERO

Sin patria, sin piedad y sin ideales.

EMOS dejado en el capítulo anterior a la clase más numerosa, más eminentemente popular y mexicana en las haciendas, en los poblados y en las fábricas, arrastrando su miseria y sin esperanzas de dejar de rendir culto a los ídolos levantados por los explotadores, quienes tienen plena confianza en la fuerza y la seguri-

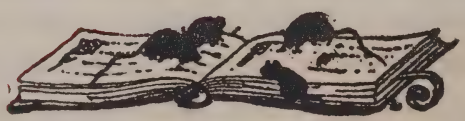
dad de prolongar indefinidamente un estado de cosas a todas luces injusto mediante la represión.

A pesar del inmenso esfuerzo nacional desarrollado por este pueblo, para lograr su independencia, comienzan a escucharse ruidos, aunque lejanos y apenas perceptibles, de tempestad social; pero ¿qué importa? Nunca los explotadores, los dueños de la situación tendrán en cuenta que la sociedad debe curarse moralmente, como los individuos, por medio de la educación, por la formación de las ideas, sentimientos y carácter. Pagar el menor salario posible, sacar en beneficio propio el mayor rendimiento al rico suelo que explotan. Esta es la parte interesante, este es el único problema.

México, a semejanza de todos los países del globo debe equilibrarse materialmente mediante una conve-

niente participación de todos en los bienes de la naturaleza; debe establecerse en él una buena organización social, que es eso que con una sola palabra nos hemos acostumbrado a denominar *civilización*. Pues los explotadores ya tienen bien estudiado y aprendido de memoria que esa *civilización* sea una palabra vana, apta sólo para evocar en la fantasía una imagen flotante entre nimbos de luz, mas sin realidad alguna; o más prosaicamente, como dice Balmes con la más amarga ironía, que sea un pedazo de papel arrojado al rostro de la humanidad sedienta, en que estén escritas, con pomposos caracteres, las palabras *ilustración* y *libertad*. Lo que interesa es explotar a un pueblo rico en el cual hay también un número inmenso de *humanas bestias de carga*.

La tormenta estallará irremediablemente y arrasará con furia cuanto encuentre a su paso; pero ¿qué le importa al explotador, si no tiene patria, piedad, ni ideales?.....



CAPITULO CUARTO

Los magnates a la moderna usanza.

IVIAN en pasadas épocas seres privilegiados, que habiendo heredado títulos de grandeza o nobiliarios, eran respetados, admirados y hasta en muchos casos idolatrados por las multitudes.

Ni las religiones ni la ciencia supieron darnos una explicación satisfactoria de la existencia de esas des-

igualdades sociales; pero en pretéritos tiempos los magnates desempeñaban su papel a las mil maravillas; se preocupaban por el bienestar de los plebeyos, les favorecían con esplendidez, se afanaban por su cultura. No tenemos más que echar una ojeada sobre México y en cualquiera parte encontramos asilos, escuelas, instituciones benéficas, y bibliotecas que son otros tantos legados hechos a este pueblo por linajudos varones.

Pero causa por un lado risa y por otro es irritante analizar el modo de ser y de obrar de nuestros magnates modernos, llamados también *prominentes*. Ordinariamente han llegado a este país con una mano adelante y otra atrás, sabiendo apenas escribir su nombre; a los pocos años ya tienen un capitalito, y al cabo de unos cuantos años más son ya ricos. Con este único título ascienden a la *prominencia* y aunque muchos de ellos

sólo Dios sabe de qué medios se han valido para hacerse ricos, todos, absolutamente todos tienen la testarudez de creer que no tienen la más leve y rudimentaria obligación de dedicar parte de sus bienes de fortuna, con el fin de socorrer tantas y tantas necesidades espirituales y temporales como siente el pueblo en el cual se han enriquecido. "Tienen ojos y no ven, oídos y no oyen".

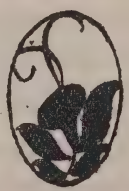
Dicen que el valiente vive hasta que quiere el cobarde, pues esto mismo pasa con el magnate, vive y es tal hasta que quiere el plebeyo.

Efecto de un servilismo inmoral de un núcleo de aspirantes a pretendientes de limpiabotas de los *prominentes* vegetan estos hongos sociales, cambiando de marca de automóvil cada semana, corriendo de banquete en banquete y de sarao en sarao, aunque media humanidad se muera de

hambre y la otra mitad se sustente con aire como los camaleones.

De vez en cuando aparece en los periódicos una lista de alguna suscripción en la cual se publica a los cuatro vientos la magnanimidad de los *prominentes* que han contribuído para comprar dos docenas de sarapes de a peso, con los que no pasarán frío en todo el invierno los muchos millones de seres que carecen de vestido y de albergue.

Comienzan a soplar en todo el mundo vientos de fronda y quién sabe si ya es llegada la hora de que se cumpla aquello: "Es más difícil que un rico se salve que un camello entre por el agujero de una aguja".....



CAPITULO QUINTO

Nobles y aristócratas de gusanos de maguey, de toros, de pulque, de frijol, de chile, de alcohol, de azúcar, de jabón, de harina, y de otras muchas zarandajas.

REMIABAN todos los pueblos de la admirable civilización antigua los servicios importantes prestados a la patria o a la ciencia con títulos no-

biliarios, y pergaminos de grandeza extendidos por los soberanos. La persona poseedora de uno o varios títulos de esta índole era noble, aristócrata y a veces grande de un reino.

Esto no obstante, la nobleza, la hidalguía y la grandeza han residido y residen siempre en el corazón de los individuos, en su inteligencia, en su modo de ser y de conducirse en los actos todos de su vida, más bien que en los títulos y pergaminos.

Así el gran *Cid Campeador,* prototipo y encarnación de la raza española, es hidalgo, es noble, es grande y aristócrata, porque consagró su vida a la defensa justa de los derechos de sus conciudadanos, contra las imposiciones, tiranías y caprichos de los reyes, quienes lo desterraban frecuentemente, dizque por agitador y revoltoso —con este mismo pretexto dieron a Cristo muerte de Cruz—, y

sin embargo el *Cid* no tuvo pergaminos ni títulos nobiliarios. Ciertamente el pueblo que él defendió con su sangre y su vida le extendió en la conciencia colectiva y en la conciencia individual el título más honroso y verdadero de héroe, de grande y de hidalgo.

No es oportuno oficializar en los críticos momentos históricos que vivimos los títulos de grandeza, que bien saben ya los pueblos quiénes son los que la llevan en el alma.

Pues, a pesar de todo soportamos en México, una aristocracia, una nobleza de las más ridículas y estrambóticas, como puede convencerse el que lea el siguiente acontecimiento social:—así lo llamaron los periódicos.

Hace bien poco tiempo y con motivo de suntuosos festejos nacionales, se celebró en uno de los famosos casinos de la capital de la República

Mexicana un gran baile de etiqueta y en él vió el que escribe estas líneas a la señora de X *decentemente* desnuda y con unas figuritas de oro, imitando gusanos de maguey, sobre su ligerísima, pero elegante indumentaria; a la Sra. de Z no tan escotada, de traje negro con franjas blancas que parecían costalitos de harina; y a la Sra. de P muy elegante, al par que decentemente vestida y luciendo entre otras cosas unas finísimas medias de seda de cuadritos, imitando terrones de azúcar. Las respectivas y encantadoras hijas de las respetables damas mencionadas lucían también simbólicos aditamentos en sus vestidos. En cuanto a los caballeros se notaba a simple vista la falta de costumbre de usar el severo traje de etiqueta y por más que algo lo evitaban los perfumes de las damas allí se notaba un tufito que en ocasiones

parecía de frijol y en otras de alcohol puro.

Abandonamos el señorial casino, preguntándonos a nosotros mismos: ¿Esta es la nobleza, la aristocracia que México sustenta? ¿Habranse visto en parte alguna del globo terráqueo nobles y aristócratas de gusanos de maguey, de toros, de pulque, de frijol, de chile, de alcohol, de azúcar, de jabón, de harina, y de una serie de productos alimenticios y explotaticios?. . .

Con el acta
de libre.
Rompe y luze.

CAPITULO SEXTO

Los dignos descendientes de los mercaderes que el buen Jesús indignado arrojara del templo.

EEMOS en sagradas páginas que cierto día indignó a Jesús ver que los mercaderes habían convertido la casa de oración en cueva de ladrones y que echó por tierra las mesas y puestos en que negociaban, arroján-

dolos violentamente del templo a latigazos.

Corriendo los tiempos, los descendientes de aquellos odiosos mercaderes han sentado sus reales en las diversas partes de la tierra, y aquí mismo en México han imitado a la perfección a sus ancestros.

Los que escriben para el público de asuntos sociológicos se cansan de repetir que debe moderarse el lucro y concretarse la ganancia a una utilidad prudencial; pero los negociantes no hacen caso de teorías que se lleva el viento, como ellos mismos dicen irónicamente. Ganar mucho, negociar en todas formas, hacer una vida de despilfarros, usar soberbio automóvil y habitar lujosas residencias, que al fin el negocio da para todo, estas son las normas de los mercaderes de ayer, de hoy, y de siempre.

¡Que el pueblo gime hambriento y que aumenta cada día el número de

los que carecen de lo necesario para sostenerse decorosamente! ¿qué le importa todo esto al mercader, si él disfruta de la vida y de todas sus delicias y encantos espléndidamente?

¿Qué es necesario agazaparse en bellos y alucinadores ideales de *patriotismo* y de *humanidad* para negociar más ventajosamente? Pues el mercader con la capa de las más sagradas doctrinas estruja cuanto puede. Forma parte de la administración de instituciones *benéficas* y *humanitarias,* sin que falte su concurso en festejos patrióticos, se hace en una palabra acreedor al título de *benefactor* de la humanidad.

¡Cuán triste y doloroso es no poder armonizar el lucro del mercader con las santas tendencias de un pueblo que vivamente desea su regeneración, que siente ansias de espiritualidad, de perfeccionamiento ético y de idealidad, ya que ideal se le ha formado!

Frecuentemente oímos decir que la historia se repite ¡quién sabe, si también en un día no lejano, indignado el pueblo arroje con el látigo en la mano de *la casa de su padre* a los *mercaderes* que la han convertido en guarida de explotadores!

CAPITULO SEPTIMO

¡Abajo la cultura y los ideales! ¡Viva el oro!

RANDE es y desenfrenado el afán de lucro y el funesto egoísmo enseñoreados de la situación en México. Falta muy poco para que en las plazas, paseos públicos y avenidas de sus hermosas ciudades se levanten estatuas al *becerro de oro,* en cuyos pedestales se escriba con grandes ca-

racteres: "ADORANDOTE, SE FORMAN PUEBLOS GRANDES".

Con olímpico desprecio se mira a cuantos dedican su actividad y sus energías a fomentar la cultura y los ideales de la raza hasta —¡oh sarcasmo!— se les considera como perjudiciales al progreso y a los adelantos. No tienen vida, si no se *mercantilizan* como lo requieren los modernos tiempos. Son entes cuya existencia no está justificada en la actualidad. No trabajan, porque no *explotan,* y necesitan vivir de la caridad pública o poco menos.

¿Qué ciencia, qué literatura, qué ideales y qué cultura? Hoy ya no hay más ciencia, ni más literatura, ni más cultura e ideales que el oro. La única ciencia de la vida es la ciencia de hacer dinero, *como quiera que sea.*

¿A qué extremos nos conducirá este egoísmo refinado? Lo ignoramos;

lo que sí sabemos es que los explotadores rugen, diciendo en su interior: "¡Abajo la cultura y los ideales! ¡Viva el oro!"

CAPITULO OCTAVO

"Este no es mi Juan...."

ON Ramón, un antiguo y buen amigo, un mexicano sumamente instruido y amante como el que más de la patria que nacer le viera, viene a visitarnos, cuando escribimos estas líneas.

—¿Qué opina usted, nos dice, de esas ideas modernas que han invadido a México?

—No hay que asustarse, amigo mío, le contestamos, si la atmósfera trajo a los pueblos la muerte, después de la guerra europea, en forma de peste, es muy natural que la misma atmósfera les traiga ahora la vida, envuelta en regeneradoras ideas. Aquellos polvos traen estos lodos; después de la tempestad viene la calma, y después de la opresión la libertad. Es preciso dar paso a cuanto representa y encarna el perfeccionamiento moral y material de las multitudes cansadas ya de vejaciones y de farsas.

—¡Caramba! ¿usted parece *rojo?*

—He tenido toda mi vida la dicha de ponerme de aquel lado que mi conciencia me dice que está la justicia; nunca me han gustado los convencionalismos ni las prevenciones.

—Bueno, yo estoy en parte conforme con usted. Es cierto que a este nuestro pobre pueblo mexicano no se

le ha culturizado lo bastante; se le ha tenido sometido a una condición miserable de esclavitud moderna. Ya ascendía a la perfección en todos los órdenes cuando los misioneros le educaban lo mejor que permitían aquellos tiempos; pero después descendió y de este descenso me parece que han sido causas principales la explotación inmoderada y el criminal egoísmo de los muchos explotadores que ha soportado este suelo.

—Efectivamente, ese maldito pecado de no dar a los pueblos ni pan espiritual ni pan material es el que nos ha acarreado el presente estado de cosas.

—Bueno, ¿y usted cree que esta situación de malestar general terminará pronto?

—No, hombre, no, ya no hay paz posible, mientras todos, absolutamente todos, no dediquemos nuestras energías a conseguir que se cumpla con

exactitud aquel principio sublime: "dar a cada uno lo que le pertenece".

—Tiene usted razón, cuando estaba hace ya casi un año por la tierra de usted, allá en Castilla, y oía cantar a las mozas de las aldeas aquello:

"Este no es mi Juan,
Que me le han *cambiau;*
Que aquel era verde
Y este es *colorau*".

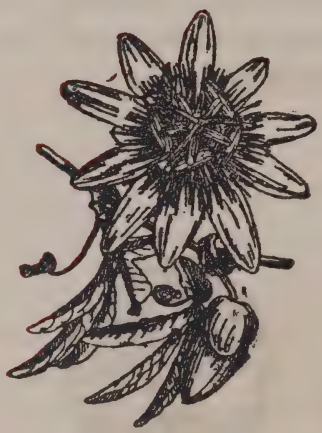
me acordaba mucho de mi México y le aplicaba la filosofía que encierra la canción. Pueblo espiritual, pueblo idealista el mío, criado en buenos pañales, amamantado con la leche de la hidalga España, nutrido con sabias y justas leyes, y después sometido a judíos que ciegos ante el oro tratan a los mexicanos como a seres inferiores, degradados y dignos de desprecio.

—No quiero aumentar la tristeza que observo embarga su alma, y con

razón sobrada... Hablemos de otras cosas.

Nos despedimos de nuestro amigo y al darle la mano notamos que dos gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas.

¡Qué verdadero patriota y qué excelente hispanoamericano!, nos quedamos diciendo.



CAPITULO NOVENO

Los modernos misioneros. ¡Pobrecillos.....!

ODO el que emite sus opiniones, sus ideas, sin prejuicios ni conveniencias personales es misionero en la actualidad. El que, para decirlo en una sola frase, piensa, habla y se conduce en sus actos con justicia, es el enviado, el misionero moderno.

Los seres que aspiran a la perfec-

ción social y al mejoramiento de los pueblos moral y filosóficamente, son, según muchos, ilusos, soñadores, locos, antipatriotas y renegados, y según otros merecen el exterminio, porque ni derecho a la vida tienen.

Naturalmente que si se entiende por patriotismo lo que en la mayor parte de los casos es *patriotería mercantilista,* el apóstol, el que propaga la verdad en la tribuna y en el libro, el misionero que movido por el amor a sus semejantes defiende a las víctimas y no a los verdugos, resulta antipatriota. De acuerdo con estas teorías absurdas, Gante, Motolinía y todos los protectores de indios, nombrados tales por Carlos V, nos resultan antipatriotas, siendo así que han dado a España más gloria que los mismos conquistadores y que son reputados por toda persona de recto criterio como beneméritos de la América.

Patriotismo quiere decir *honrar* a

la patria en cualquiera parte en donde uno se encuentre y se la honra dedicándose a negocios *convenientes,* haciendo el bien al mismo tiempo que se labra uno el porvenir.

Así como los que no tenemos dinero hablamos continuamente de millones, los que no sienten patriotismo lo tienen constantemente en los labios. Es una ley general en la vida desear aquello que no se tiene. Por esto el judío, el hombre sin patria, hace frecuentemente alarde de patriotismo.

Como lógica consecuencia de todo lo dicho, cuando acude a México un visitante imparcial, que emite su juicio *desinteresado* de cuanto observa en el país, se le recrimina y anatematiza, se le quiere encerrar en un oscuro calabozo para todos los días de su vida.

A veces, también las *turbas* de redacción se prestan a perseguir al misionero moderno, y todo porque ellas

viven de las *migajas* que les arrojan los árbitros de la situación.

¡Pobres amantes de la justicia! ¡Pobres misioneros modernos! ¿De qué os sirve la fuerza moral que os da la razón?

CAPITULO DECIMO

¡Guay de los explotadores y de los mercachifles sin conciencia!

E ha hablado mucho en estos últimos tiempos de los *coyotes*. Existe el *coyote* y él es en efecto el causante de nuestras desgracias y de la vida penosa que vivimos.

Dentro del sistema económico-mercantil viciado y corrompido que nos

envuelve hace tiempo existe el mercader, el intermediario, el coyote, el cual estruja al que produce y estruja al que consume, enriqueciéndose con el sudor del productor y con la necesidad del consumidor. Es el que trabaja menos, es el parásito; pero es el dueño de la situación. Echa el pobre que trabaja la tierra los hígados, para apenas ganar el pan, y se consume el empleado en la oficina; pero el mercader tiene sus cajas repletas de oro.

Las clases bajas y las clases medias nos estamos ya dando cuenta de tamaños desatinos e irregularidades económicas y cuando la medida se haya colmado por completo, ¡guay de los explotadores y de los mercachifles sin conciencia!

FIN

"DESTRONÓ A LOS PODEROSOS Y EXALTÓ A LOS HUMILDES. COLMÓ DE BIENES A LOS INDIGENTES, Y A LOS RICOS LOS VOLVIÓ PORDIOSEROS"

Evangelio de San Lucas.
Cap. I., versículos 52 y 53.

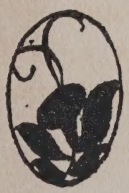
LAVS DEO

LOS que enseñan a las multitudes el camino de la Justicia brillarán como estrellas en las perpetuas eternidades

AN trabajado con diligencia, cariño y esmero en la ornamentación y confección de esta obra:

Renato Bernal, dibujante.
Francisco Patiño, fotograbador.
Francisco García, linotipista.
Jesús Guerrero, corrector.
Manuel Jiménez, formador.
Joaquín Celis, prensista.
Ricardo Pérez, encuadernador.

Acabóse de
imprimir este li-
bro en la tipografía
"EDITORIAL MEXI-
CANA" en México a XXXI
días del mes de marzo del año del
Señor MCMXXIII. Salía de la prensa
el último pliego cuando las campanas
de los templos anunciaban la Resu-
rrección del Redentor y los cohe-
tes la quemazón de los traido-
res judas en las calles de la
antigua gran Tenochtitlán.
¡ A L E L U Y A !



This **BOOK** may be kept out **TWO WEEKS ONLY**, and is subject to a fine of **FIVE CENTS** a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00015782930